

SOFOCOS Y CARRERONES

Violeta Quevedo, la inestimable escritora ingenua chilena, fue bastante dada a los viajes. Sus impresiones sobre otros países y la detallada cuenta de sus frecuentes desencuentros con la vida diaria quedaron en sus textos, transparentes y risibles.

selección de Roberto Merino

ENTRE 1935 y 1955, Violeta Quevedo, o Rita Salas Subercaseaux -ése era su nombre civil-, publicó con relativa frecuencia unos folletos en que daba cuenta de los ajetreados movimientos de su existencia. Dueña de una situación económica inestable y preocupada principalmente de asuntos píos, se la veía pasar por Santiago encasquetada en un abrigo amplio, provocando a su paso la agitación propia de quien no se reconoce de buenas a primeras en el mundo objetivo de los otros.

Procedía, en sus textos y en la vida diaria, con extrema inocencia, y no parecía tener mayor conciencia de los efectos que su persona ocasionaba. Si los niños se asustaban cuando ella hacía aparición, simplemente registraba el hecho, pero no trataba de averiguar por qué. Si salía a la calle con algún apuro, intentaba hacer pasar a los autos particulares como si fueran taxis, según atestigua Eduardo Anguita. No se guiaba por las convenciones comunes de la gente; suponía, probablemente con razón, que era la Providencia la que la libraba de sus repetidos embrollos.

Las escritas de Violeta Quevedo pueden encontrarse en el libro «Seis relatos de Violeta Quevedo» (Editorial Universitaria), único compendio de su obra dispersa.

Los dos primeros capítulos corresponden a los viajes vistos en esta nota. Eduardo Anguita señala en el prólogo: «Para cada trámite, para la menor aflicción, Violeta hará intervenir a los santos, a la virgen y hasta al mismo Dios. Las declaraciones de impuestos y las novenas y mandas componen una íntima trama existencial. Todo es sobrenatural para ella, y todo ocurre con la máxima naturalidad».

Violeta hará intervenir a los santos, a la virgen y hasta al mismo Dios. Las declaraciones de impuestos y las novenas y mandas componen una íntima trama existencial. Todo es sobrenatural para ella, y todo ocurre con la máxima naturalidad».

bien las facciones, y le encontré, sobre todo el óvalo de la cara, muy parecido al de una pariente mía de Chile); en París fue inducida por un inglés a «escalar» la torre Eiffel («la gente desde esa altura se veía como verdaderas hormigas y moscas»), y en Londres se metió a una iglesia protestante creyendo que era católica («pasé por ella como caballo de invasión, sin hacer ni una genuflexión, y acercándome a un pastor de esos de servicio, le pregunté por una iglesia. Este mismo, con conciencia, me señaló la puerta diciéndome: That is not for you. Protestantes son, pero buenos»).

Particularmente curiosas son sus observaciones de Nueva

York. Ahí vio, al parecer, por primera vez, los semáforos. Un pariente le informó que «esas luces verdes en las calles, en los faroles o globos que se divisan, son señal para seguir sus caminos y esto sirve de faro al que guía los autos, y las luces rojas para detenerlos, sirviendo estas señales para evitar trágicas desgracias». Visitó, por cierto, los grandes almacenes, donde, a pesar de que la mareó la profusión de escaleras, se hizo de un método para comprar a su conveniencia: «El punto de partida para entrar a las tiendas era cuando divisaba una fila de mujeres negras, que son lo más elegantes y listas en encontrar los saldos bonitos y baratísimos». En su concepto, además, los negros eran personas riquísimas, con vidas de lujo.

En el convento donde dormía tuvo problemas con una de las monjas, que hizo además de retarla cuando se presentó tarde al comedor: «Cree que lo mejor para sus palabrillas y sermones era cerrarme los oídos a su vista con mis manos; fue tal el furor de la pobre monja, que llegó hasta tomarme del brazo... me venció para no tocarla también, porque se habría armado la racha... pero el taparse las orejas fue un éxito colosal. Ya nunca más la Sister me molestó». En ese lugar, por último, tuvo ocasión de darles a los pobres, «tan decentes como caballeros», sus raciones de comida. Mucho le gustó no encontrar mendigos en las calles, y si unos letreros en que se rogaba al público remitir a los limosneros a los asilos. «Cómo debieran -reflexionó Violeta- imitar eso en nuestra patria, y no llenar las calles con estos pobres desgraciados expuestos a todo y sin ninguna organización». Ed



AUTORÍA

Merino, Roberto

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sofocos y carrerones [artículo] Roberto Merino.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile